

# Encubierta

AnaTerMay (Ana Ternero Mayorga)



# Encubierta

MÁLAGA ~ S.XXI

AnaTerMay



# Capítulo 1

## **SINOPSIS.**

La rueda gira antes de tiempo cuando el padre de Brigid Burdeos se desploma por un balcón como un cascarón vacío. Desde entonces, Brigid toma el relevo como Vértice de la Hermandad Malagueña de Vampiros, una circunscripción de la verdadera organización que domina a la humanidad.

Brigid suele olvidar que está acompañada por los *Vegan-Drácula*, su mejor amiga y el animal totémico de la familia. Sin embargo, ellos se esforzarán por evitar que se sature y muera en el intento de manejar una amenaza de guerra en pleno siglo XXI.

## **ACLARACIÓN.**

Los elementos y leyendas se emplean en adaptación a la historia y la personalidad de los personajes y son fruto de la imaginación. Los objetivos principales de esta novela es la puesta en valor de las historias desconocidas de Málaga, así como dar una visión diferente a la idea extendida acerca de los vampiros.

Además, se trata de una novela de fantasía juvenil con un toque sarcástico.

-----  
-----

## Capítulo 2

- 01 -

Soy una vampiresa y no, no brillo cuando me da el sol como un saco de purpurina. Tampoco me derrito como un helado en mitad de un terral malagueño, ni voy degollando cuellos para sacarle la sangre a la gente. Siento decepcionaros. Los Drácula no existen. Los vampiros nos alimentamos de tus miedos, tu ira, tu dolor, tu coraje... En definitiva, nos alimentamos de tus desgracias.

Las hermandades de vampiros se ocultan por todo el planeta, y algún rinconcito más lejano. ¿Pensabas que los Illuminati dominaban el mundo? Ya te digo yo que no.

Los vampiros tenemos el monopolio de las drogas, el alcohol, el tabaco, los puticlub y hasta de las farmacéuticas. En efecto. Vosotros cebáis a los cerdos para inflaros de jamón serrano y nosotros os hacíamos lo mismo con las aspirinas. ¿Creías que la ciencia trabaja por el bienestar social? Siento destrozarte tu cuento de hadas. Lo cierto es que está para darnos de comer. ¡Joder! Tú exceso de felicidad puede provocarme una embolia y dejarme vegetativa.

Pero no somos mala gente. Es la cadena alimenticia. Así es la vida. Tampoco te quejes. Además, un poco de picor os ayuda a valorar los buenos momentos. Reconoce que a los humanos no se os da nada bien valorar las cosas. Ahí entramos nosotros. Vosotros aprendéis y nosotros no morimos de hambre. Dos pájaros de un tiro.

También morimos, sí. Somos mortales como tú. Ambos, vampiros y humanos, acabaremos en lo que llamáis más allá, cielo o infierno o lo que sea. Incluso contamos con la misma esperanza de vida.

Por cierto, ¡qué maleducada! Me presento. Yo soy Brigid Burdeos. Mi nombre se debe a que nací en Imbolc en 1997. Candelaria en algunas zonas; Santa Brígida en otras... De un modo u otro, no se comieron mucho la cabeza a la hora de ocultar a la diosa, ¿verdad?

Pero no te confundas. Carece de motivo religioso alguno. La cuestión es que mis ancestros eran celtas, una cultura a la que teníamos cariño en casa. Los vampiros estamos obsesionados con conocer todas las piezas de nuestro árbol genealógico. No obstante, debo reconocer que a los humanos no os vendría nada mal hacer lo mismo.

Trabajo en el Parque Tecnológico de Málaga. Nuestra empresa lleva a cabo el desarrollo de nuevos medicamentos. No te agrada que tu salud esté en mis manos, ¿verdad? En fin. ¿Qué se le va a hacer? Otros se dedican a ser parejas tóxicas, violadores, asesinos, secuestradores, políticos corruptos... En mi caso, es todo legal.

Ya que estamos desmintiendo mitos, aprovecho para decir que no estamos todos sacados de un catálogo de moda. En mi caso, soy una chica morena que pasa desapercibida fácilmente. La típica invisible normalita en la que nadie se fija. Aunque muchas veces lo prefiero. He visto a más de un vampiro que dan ganas de casarse con un reptiliano. Porque... sí, existen los reptilianos, pero no te confundas porque no son para tanto.

—Tía, ino te lo vas a creer! La mayor tasa de suspensos de la historia, Brigid.

Helena es lo que ella llama my best friend. Estoy contenta de tenerla como amiga, una de las pocas imposiciones que no me arrepiento aceptar. Ella es la única que me conoce. La única que sabe que estoy hasta el coño.

Estaba sentada al otro lado de mi escritorio en este detestable despacho de paredes grises. Si eso no te convence de que la empresa era una cárcel para mí, solo te diré que faltaban formar barrotes en las ventanas con las carpetas. Alguna vez he intentado poner un cuadro o algo que de vida a esa cueva, pero mi madre siempre ha acabado por quitarlo en cuanto me he dado la vuelta.

—Estarás saciada, entonces —le respondí—. Voy a tener que acompañarte un día.

—Te lo digo siempre, Brigid. Tienes que venir. La Universidad es como un huerto que siempre da frutos. Tendrías que ver a los pobrecillos viendo sus notas. ¡Todo un poema!

Veinticinco años y sigue actuando como una adolescente. Siempre a la última con sus revistas de Vogue en el bolso junto a mil kilos de maquillaje. Pero, repito: no estamos todos sacados de un catálogo de moda.

La vampiresa iluminó sus ojos. Se veían como el agua cristalina de la playa de la Misericordia. Unos ojos que contrastan con su cabello castaño oscuro cortado al estilo bob —creo que lo llamaba ella—y peinado con grandes ondas.

—Sabes que tengo que atender al negocio familiar, Helena. La hija del jefe

está condenada a obedecer.

El Vértice es el líder de los vampiros de la provincia. Adivina adivinanza... Pues sí. En Málaga no podía ser otro que mi propio padre. Él es como el presidente. La diferencia es que, en vez de diputados, cuenta con cuatro arpías... perdón, cuatro astas, que forman el Pentagrama. Por si te lo preguntabas, los líderes regionales son Arcos; los estatales, Rosetones.

En fin... que no es fácil que tu padre sea el Vértice de la hermandad de Málaga. ¿Por qué? Pues lo típico. La princesita parece mimada y con el derecho a pasar de todo. De hecho, el asta de agua quiere decidir hasta si me caso y con quién. ¡Dejadme vivir con mis suricatos! De hecho, las cuatro mil millones de veces que me ha preguntado si tengo pareja desde que lo dejé con Alberto he respondido lo mismo: no, gracias, estoy bien.

—¿Siempre vas a hacer lo que te digan? Te obligaron a estudiar una carrera que no querías. Encima, ¡Química! No una sencillita, no. Vives peor que en una cárcel.

Helena tenía razón. Como ves, me hacían pensar antes en mi apellido que en mi nombre. El Pentagrama parecía un ejército de malvadas madrastras. A veces se me olvidaba que me llamo Brigid y no la hija de los Burdeos. ¿Consecuencia de todo esto? Rechazar oportunidades como las de Helena.

Me encogí de hombros. Como si ella no conociera la situación mejor que ninguno. No voy a decir que estuviera muerta de hambre. Sólo que es el trabajo más aburrido del mundo. Sin ofender a los químicos vocacionales, yo lo odio. Por eso prefería pasarme las horas en mi despacho rodeada de papeles que en el laboratorio.

—Bueno, tía —añadió Helena—. Óvidalo. Vamos a tomarnos unas cervezas.

...

Comimos algo en la calle Caldelería, donde íbamos cada viernes. Sobre las cuatro de la tarde, ya estamos rodeados de personas amargadas de sus trabajos y emborrachándose.

Podemos estar agradecidos de que nos hemos adaptado a los humanos. Nuestro cuerpo ha generado una asombrosa capacidad para infiltrarnos entre vosotros. Sigue siendo sorprendente, en serio. Pon un campero ante mis ojos y soy más humana que tú. Así que... ya ves. Disfrutamos de vuestras delicias gastronómicas y es cuestión de minutos que nos alimentéis con vuestras mierdas y vuestra necesidad por perder la cabeza

en el alcohol.

—Ese chico te está mirando mucho, ¿no? —dijo Helena señalando detrás mía.

Tendría mi edad más o menos. Veintitrés, año arriba, año abajo. Con el pelo negro y los ojos azules. Como los cantantes emo que escuchaba de adolescente, pero me seguía gustando. ¿Demasiado previsible para una vampiresa? En fin, que reconozco que era atractivo y habría sido un buen partido para un viernes noche. Sin embargo, algo de él me echaba para atrás.

—¿No tiene algo que te retrae, Helena?

—Ahora que lo dices, sí. Pero no sé el qué.

En ese momento se empezó a acercar a nosotras. Mi cuerpo se tensó, sobretodo mis gemelos. Mi presión arterial se disparó. Sonaban todas las alarmas. Helena y yo hicimos como si nada. Tratamos de pasar desapercibidas, pero fue inútil. ¡Nos pilló! Ya nos estaba observando. Ya notaba su aliento en mi nuca.

—Hola, chicas. Soy Carlos. ¿Vosotras?

¡Del tirón!

—Ella es Brigid y yo Helena —saltó.

Quería matarla, la hubiese estrangulado hasta que dejase de hablar. ¿Qué le pasaba por la cabeza? Estaba a punto de meter una camada de cachorros en su casa. Conseguí contenerme, aunque la fulminé con la mirada.

Ese chaval cada vez me gustaba menos y ella le seguía el juego. Entonces lo vi. La mejor forma de alejarnos. Unas rodajas de mandarina en la copa y restos de pelo de gato en su ropa. La fruta era una pijotada innecesaria, gracias.

—Estás lleno de pelos —escupí cortante—. Si es de gato, aléjate. Soy alérgica.

Te explico. La mandarina tiene un componente que nos mantiene lejos. Como un repelente de mosquitos. Nunca mejor definido, dirás. Por otro lado, en cuanto a los gatos, transmutan nuestra comida. En otras palabras, absorben la energía densa que necesitamos en energía ligera. En un primer momento no pasa nada, pero no es agradable ver tu comida desvanecerse. Tampoco soy de perros. De hecho, prefiero los gatos. Los perros directamente liberan energía ligera. En otras palabras, son

demasiado felices.

—Perdona... —Carlos se disculpó y se alejó de nosotras.

Incapaces de contener la risa, nos terminamos la copa y fuimos de compras por la calle Larios. Como era de esperar, Helena se llevó la mitad de Bimba & Lola, Massimo Dutti, Zara, Pandora y algunas tiendas con nombres más raros. Yo a penas compré algo de maquillaje y un conjunto para el trabajo, aunque mi personal shopper insistía en renovarme el armario. Me repetía cada dos por tres que abusaba de los vaqueros y las camisetas. Siempre decía aquello de «siempre diva, nunca indiva». Yo prefería gastarme el dinero en un buen coche antes que en ropa.

Ella, en cambio, tenía un estilo que ni Coyote, ni Sexo en Nueva York, ni mierdas. Puede que me intimidara la idea de ser un desastre si desataba mi interés por la moda.

Satisfechas con nuestra comida y nuestras compras, nos fuimos cada una a nuestra casa. Por fin empezaría mi ritual de cada viernes en mi apartamento. Un baño relajante y una cerveza fría en el sofá.

...

El momento de desconexión se vio interrumpido por una foto de Alberto, mi ex-novio. Habíamos terminado nuestra relación unas semanas antes y ya estaba con otra. ¡¿Con una humana?! Algunos no pierden el tiempo, ¿eh?

Alberto era un vampiro como yo. ¿Diferencia? Era un cazador de tipo pareja tóxica. El problema era su incapacidad para diferenciar a los de nuestra especie. Tan gilipollas con los humanos como con los vampiros. Un perla, vamos. Aún así, los Vértices de la región insistían en que debíamos seguir juntos. Nuestra ruptura fue una decepción y un duelo para nuestras familias. La cúpula lo llaman algunos; mi desgracia, según Helena. Si la hermandad tenía la esperanza de que volviéramos, yo la tenía de escapar de tantas mierdas. Solo me quedaba pasar de todo, hacerme la tonta.

Por alguna razón, el chaval se creía que ser pelirrojo le daba la voz de Ed Sheeran. Cualquiera que viera la foto debía percibir su soberbia y el modo en que poseía a aquella chica con sus ojos azules. Se había recortado la barba delimitando su mandíbula fina y bordeando sus labios. También se había dejado el pelo un poco más largo. Tan solo un par de dedos. Lo justo para que las ondas cayeran hasta sus cejas rectas. Tan mono y bronceado como capullo.

Según la etiqueta de la foto, ella se llamaba Martina. Una humana con estilo. Bueno, en realidad... Helena le pegaría un repaso importante,

estaba segura de ello, pero la chica era mona. Salía en la foto con los labios pintados de rojo. También era innegable que tenía el pelo teñido del color de la sangre y... ¡sus ojos marrones eran enormes! Bueno, vale. Estoy exagerando un poco.

Estaba recordando algunos momentos con Alberto cuando me llegó un mensaje de Helena. Era un enlace a una página extraña. En el artículo se hablaba de una tal Ley de la Atracción. Se supone que atraemos lo que somos y pensamos. En ese caso, los vampiros vamos apañados. Sinceramente, me parecía ridículo. Al final accedí a hacer el ejercicio tonto que describía porque era más rápido que tratar de luchar contra la insistencia de Helena.

Paso número uno: describirme con pelos y señales. Hecho. Paso número dos: describir a mi pareja ideal. Pensé en lo opuesto a Alberto. Descartando lo que no quería, tenía medio trabajo hecho. Pero me sentía ridícula. Como los niños pequeños cuando escriben la carta a los Reyes Magos. En este caso, sin destinatario.

La ventaja es que me olvidé del imbécil y pude volver a mi estado de desconexión tras enviarle una foto como prueba a Helena. Por fin tranquila, pude degustar mi cerveza con la música de Pereza sonando de fondo. Agradecí que la noche del viernes volviera a su normalidad.

## Capítulo 3

## Capítulo 4

- 03 -

Bruno Burdeos fue enterrado la siguiente noche de Luna Nueva, tal y como marcaba la tradición. El telediario retransmitió la noticia justo antes de anunciar el chupinazo de Pamplona. Los pamploneses aguardaban la llegada del 7 de julio mientras mi torre se desmoronaba. Mi rutina y mi lugar quedaron atrapados en aquel ataúd incinerado.

—¿Estás preparada para lo que viene ahora? —preguntó mi madre.

—Eso no importa —suspiré.

—Estaremos aquí a tu lado siempre, Brigid —Helena trataba de consolarme—. ¿Verdad, señora Landas?

Abandonamos el Cementerio de San Miguel. No fue hasta ese momento que me percaté de lo dejada que estaba mi madre. Una gran parte de ella se había perdido también en aquella caja.

Helena subía al coche cuando tomé una decisión que jamás antes me habría planteado desde que me independicé.

—Mamá, ¿te gustaría venir a casa conmigo esta noche?

Pensó su respuesta durante unos largos segundos. Sabía que le incomodaba la idea tanto como a mí, pero no podía dejarla sola en un hogar vacío y yo tampoco quería estar sola.

—Por favor... —insistí.

—Está bien.

Añadió una sonrisa torcida y forzada. Me bastaba. Ambas nos necesitábamos. Todos los vampiros de Málaga, y más allá, se mostraron conmocionados. Sin embargo, se trataba de su esposo y de mi padre.

...

Helena también se quedó en mi casa aquella noche. Nos ponía todo por delante a pesar de que mi madre insistía en que se sentara con nosotras. Compró cerveza y vino, hizo la cena, puso la mesa... No nos dejaba hacer nada.

—Es lo menos que puedo hacer —argumentaba—. Brigid es como mi

hermana.

—Lo cierto es que... —le di unas vueltas rápidas a la idea—, sí me vendría bien tu ayuda en algo.

Las dos me miraron con ojos curiosos. Parecían gatos expectantes cuando su dueño les acerca el cuenco lleno de comida. Le di un trago a mi cerveza Victoria antes de continuar.

—Pronto es mi nombramiento y... no te alteres, Helena. Te conozco.

—Menos rodeos, por favor —suplicaron al unísono.

—Necesito que me renueves mi vestuario —solté rápido.

Helena se movió en la silla. La idea le encantaba, era innegable. La sonrisa cada vez era más y más grande. No la vi tan feliz ni cuando suspendieron a todo un curso de universitarios.

—Quiera o no, tengo que dejar atrás a la Brigid de vaqueros y oficina...

—Y dejar paso a Brigid Burdeos, Vértice de la hermandad malagueña —continuó mi madre.

Asentí sin alzar la mirada de la cerveza y fui a coger un cigarro. No me dio tiempo a encenderlo cuando Helena había emprendido su labor de personal shopper. Me daba miedo que se le fuera de las manos y, a la vez, confiaba en que acertaría por completo. Ahora sí que confiaba en ella.

—Mañana por la mañana tenemos que hacer muchas cosas, Brigid. Iremos a la peluquería, nos haremos la manicura, iremos de tiendas... Tendrás el armario a rebosar antes de la merienda.

Desperté al dragón de Chanel. No obstante, me alegraba verla feliz. Se había convertido en una hermana con el paso de los años. Podía compartir mi dolor con ella, en cierto modo. El tema también distraía a Lucía. Por primera vez en mucho tiempo, seguí hablando de moda con Helena más de quince segundos seguidos. La nueva Brigid Burdeos tenía el sagrado femenino bastante presente.

—Pero... —intercedió mi madre—. ¿Qué harás con toda la ropa que tienes ahora?

—Algunas prendas me las quedaré y otras las daré o las tiraré. Depende de cómo estén.

—Una vampiresa donando ropa. ¿Quién te ha visto y quién te ve?  
—añadió ella.

—Una de cal y otra de arena. Confío en que Helena sabe lo que hace.

—¡Sí! —intervino con un chillido corto.

Helena estuvo toda la noche buscando ropa por internet. El repartidor tendría la mañana siguiente hecha con nosotras. Mientras, mi madre me ayudaba a despejar el armario. Seleccionaba tres prendas para dar o tirar por cada compra que realizaba Helena.

Es posible que se le estuviera yendo un poco de las manos cuando iríamos de compras al día siguiente. También me di cuenta de la cantidad de sudaderas y vaqueros que tenía. Helena tenía toda la razón del mundo.

...

Llevamos a mi madre a Osdebur S.A. en cuanto llegaron todos los pedidos. Ella se encargaría del negocio familiar. Por fin me libraba de él. Lo habría cerrado si no fuera por la cantidad de vampiros contratados en la empresa. ¿Enchufes? Por un tubo. También hay que tener controlado el cotarro. ¿Te imaginas que cualquier humano nos hubiera descubierto por un despiste tan tonto? ¡Venga ya, hombre! Sería subestimarnos.

No obstante, nuestro primer objetivo era mejorar las condiciones laborales de la empresa. Por los míos, ¿eh? No podía empezar dejando que sufrieran la amargura de trabajar ahí. Ya era bastante aburrido como para quemar a los empleados por gusto.

Pronto habría horarios nuevos, puestos rediseñados, salarios reajustados... Todo lo que ni nos planteábamos para los humanos, vaya. Tampoco te lo tomes a mal. Vuestras desgracias suelen partir de los problemas de bolsillo. Así nos ganábamos la comida cada día.

...

La escena de mi padre cayendo al vacío se repetía en mi mente y una y otra vez. Estaba segura de que nos habían atentado, aunque no sabría explicar porqué. El temor de que volvieran se escondía entre los dedos de mis pies.

No se lo había dicho a nadie, pero el médico de la familia —por supuesto, un vampiro— certificó que había sido envenenado con algún tipo de poción. Un tipo de brebaje mágico que deshizo a mi padre en cuerpo y alma.

...

Llegamos hasta Tomás Echeverría. Helena siempre iba a una peluquería de Huelin. Aparcamos el coche y fuimos a la calle Muñoz Degraín. Allí nos esperaba un completo: manicura, pedicura, limpieza de cutis...

Helena colocó sus manos en mis antebrazos en cuanto llegamos a la puerta.

—¿Lista para la sesión de belleza? —preguntó—. Saldrás de aquí hecha una diva. ¡Ni Audrey Hepburn!

—Ya lo veremos. Espero que no me defraudes, personal shopper.

Me hicieron la manicura y la pedicura francesa. Me agradó que me dejaran las uñas más cortitas. No me veía, ni me veo, con las uñas de Rosalía. Sin ofender, debe ser bastante incómodo.

También me hicieron el alisado japonés. No tendría que pelearme con mi cabello de mechones lisos, rizados y ondulados por un tiempo. Solo me cortaron un poco las puntas para dar forma. Sin tintes.

Nos ahorramos la depilación gracias a que me había hecho el láser a los dieciocho. Ahora bien... la cantidad de puntos negros que tenía era considerable. Parecía un cómic americano. Iba en serio cuando decía que no estábamos sacados de revistas de moda. Tenemos que darnos las mismas palizas para vernos... divas.

...

Salimos sobre las dos y media de la tarde. Justo para ir al centro un jueves. Como dije, toda mi rutina se fue a la mierda aquel día.

—¿Siguiente tarea en la agenda? —pregunté a Helena.

Ella tenía todo programado en su iPhone. Tendría que compartirme el calendario. De paso, comprarme una buena carcasa. La mía era transparente y protegía menos que un paraguas en un tsunami.

—Tengo varias tiendas apuntadas, pero será rápido. La mayoría las ojeé por internet.

—Aprovechen, chicas —nos sobresaltamos con la entrada de Carlos—. Vi en las noticias lo sucedido. Lo siento mucho, Brigid.

¡Anda! ¡Me reconoció!

En esta ocasión, Helena le miró con cara de asco. En realidad, mira así a cualquiera que interrumpa sus sesiones de compras. En esa ocasión, me resultó bastante indiferente su presencia. Me limité a agradecerle sus palabras con un pequeño movimiento de cabeza. Pero estaba claro que buscaba algo más que darme el pésame.

—¿Te gustaría cenar esta noche conmigo, Brigid? Prometo no llevar ni un pelo de gato pegado a la ropa.

Seguía sin convencerme del todo. Helena fue quien me insistió para aceptar. Antes de que pudiera responder, con mi cara petrificada y sin saber qué decir, recibí su WhatsApp: «Acepta o acepta, Brigid. Hace tiempo que no sales y ahora lo necesitas más que nunca. Te ayudará a despejarte. A unas muy malas, una noche y fuera. Pero ¡acepta!»

—Está bien. Nos vemos a las nueve frente a la Gallery.

—Perfecto, señorita —me sonrió encantado por la victoria—. Allí estaré. Disfrutad de la tarde.

—Bueno —prosiguió Helena—. Vamos ya a comprar. Cierta persona tiene una cita esta noche.

—Cállate, anda.

...

Acabé con más de diez bolsas en el maletero del coche. Zapatos, accesorios, ropa... Todo nuevo. Todo a la moda. Todo conforme a Vogue. Helena había cumplido con creces mis expectativas.

—Debería ir ya para allá.

—Sí, sí, sí, sí, sí. Brigid, no puedes ir así.

Me obligó a cambiarme en el coche. Fue la manifestación evidente de la transformación. Cambié los vaqueros y la camiseta por unos pantalones blancos con un top verde y cuñas negras altas. Todo el cambio, incluyendo el maquillaje, en el tiempo récord de diez minutos. ¡Eso sí que es un súper-poder, Helena!

—Perfecta, glamurosa y, lo más importante, ¡diva! —me provocó la risa—. Recuerda contarme todo y avisarme si hay cualquier problema.

—Manda un mensaje cuando llegues. ¡Te debo una, best friend!

...

Llegamos justo al mismo tiempo. Subía desde calle Santa Lucía cuando le vi aproximarse desde la dirección opuesta. Mis gemelos volvieron a tensarse como la primera vez que se nos acercó. Eso entorpeció mis pasos. «Recuerda, Brigid: tacón, punta, tacón, punta», me repetía.

—¡Estás impactante!

—Gracias.

Nos quedamos en la terraza del bar Museum. Observábamos a la gente pasar, nos conocíamos... Lo típico de las citas. Él se pidió una copa de Bacardi con Coca-Cola. Yo preferí una Heineken.

—Ahora eres la mujer más influyente de la provincia —me recordó.

—Tampoco es para tanto. No es de oro todo lo que reluce.

Carlos me enseñó fotos de Lisa, su gata carey. Vivía por la Avenida de la Aurora desde los dieciocho, veía la cofradía de la Expiración desde su apartamento. Me contó que su familia vivía en Mollina, había venido a estudiar en la universidad y después prefirió quedarse en la ciudad.

Todo parecía normal. El típico joven humano que dejaba su pueblo para estudiar. Se veía de lejos que era un poco piltrafilla, como se dice por aquí. Aunque me seguía pareciendo atractivo en cierta medida. Recordé el mensaje de Helena: «A unas muy malas, una noche y fuera».

—¿Nos veremos más veces o tengo que esperar a cruzarme de nuevo contigo por casualidad?

—Ya veremos —respondí con una sonrisa.

Me sentía empoderada con el outfit. Estaba más agradecida a Helena cada instante. Esa seguridad me ayudó a dirigir un poco la cita. Al final no quería acabar arrepintiéndome de ningún desliz.

b

Carlos me acompañó hasta el coche.

—¿Un Aston Martin DB11 Volante? —creo que le escuchó casi toda Andalucía—. ¡Este cochazo cuesta más de trescientos mil euros!

—Sí, y bien que me lo he merecido.

Le respondí tratando de aguantar la carcajada. Carlos parecía un niño pequeño en la mañana de Reyes Magos.

—Puede que algún día te deje conducirlo. Pero no te ilusiones, ¿eh?

—¡Me encantaría, en serio!

El silencio conquistó el momento como si una tropa de ángeles hubiese cruzado entre nosotros destruyendo mi comida. Entonces, Carlos empezó a acercarse a la par que mi pulso se aceleraba y mi cuerpo se tensaba, y entonces sucedió, me besó. Pero no en los labios. ¿O sí? Bueno... sí y no. La mitad de sus labios acariciaba la comisura de los míos, temblorosos; la otra mitad, mi mejilla sonrojada. Fue confuso. Tanto que me di la vuelta y me subí al coche, no sin antes despedirme con un soso:

—¡Nos vemos!

## Capítulo 5

- 04 -

Llegó el día señalado. Aquel 26 de julio dejaría de ser oficialmente la directiva colocada en la empresa familiar —¡Por fin!—. Aunque ahora Málaga estaba bajo mi control... y eso no me agradaba nada —¡Me cago en la puta!—.

—Eres la primera mujer que nos lidera, ¿no? —preguntó Helena.

Lo cierto es que no me había parado a pensar en ello. La primera mujer Vértice. Al menos en Málaga. ¿Eso implicaba que mi nombre quedaría grabado en la historia de la Hermandad? Estaba claro que muchos me veían aún con dudas. Al fin y al cabo, todos se habían acostumbrado al estilo royalty de mi padre. Si a eso le añadimos que soy la primera mujer...

No obstante, también se habían percatado de que me preparaba para el momento desde el minuto uno. Desde el día en que mi padre... Bueno.

No se limitaba a cambiar mi imagen, claro. También tenía que mentalizarme. Por eso le pedí a Helena que me acompañase a dar una vuelta por el Paseo Marítimo. Aunque esta tarea me correspondía a mí sola.

Lo peor de todo es que estábamos amenazados de alguna forma u otra. Sabía que habían asesinado a mi padre frente a todos. ¿Harían lo mismo conmigo? ¿O con mi madre? ¿O con Helena? Atacaron al árbol sagrado de nuestra tribu. El Pentagrama siempre se habían metido en mi vida y ¿jamás habían previsto algo así? Si se plantearon la posibilidad, no me habían entrenado para esto.

—Voy a casa —no era la respuesta que esperaba Helena—. Luego nos vemos, ¿vale?

—Pero si ni me has contado cómo va lo tuyo con Carlos —protestó.

—No hay nada que contar. Sólo hemos quedado dos veces. Recuerda que es un humano.

—Como si fuera una ardilla, Brigid. ¡Te gusta!

No me molesté ni en voltearme antes de irme. Mi mente estaba centrada en aquella noche. Admito que tenía un poco de miedo. No sabía lo que me

depararía a partir de ahora.

...

Eran las siete de la tarde, dos horas antes de que diera comienzo el acto. El móvil llevaba toda la tarde apagado y así seguiría un buen rato más. Quería ahorrarme cualquier noticia o mensaje tonto. Necesitaba unos minutos frente al espejo antes de dirigirme hacia el Palacio Solecio. Podía ocurrir cualquier cosa. Incluso una parte de mí estaba me aterrorizada con la idea de que me envenenaran a mí también.

Elegí un vestido color sangre. Era largo y suelto. Se ajustaba un poco por el tronco y caía hasta los pies calzados con unos tacones negros de salón. Conjuntaba con el bolso de mano. Me puse un anillo y unos pendientes dorados y finos que caían como lágrimas. Prescindí de pulseras o reloj, necesitaba las muñecas libres.

Cogí las llaves cuando me vi preparada. Me llevé una sorpresa amarga cuando vi a aquel chico en mi portal. ¿Cómo se llamaba? El paliducho ese de... ¿Lugh? ¡Lo iba a matar!

Mi nariz aleteaba, mis labios hacían el amago de gruñir como los gatos y mis manos se cerraban en puños de acero. ¿Cómo se atrevía? ¡Hijo de puta!

—¿Qué haces aquí, asesino de mierda? —grité nada más abrir la puerta. Casi me la llevo conmigo. Ignoré por completo a la familia que me esquivaba y trataba de entrar en el edificio como si huyeran del mismo diablo.

—Yo no maté a Bruno, Brigid —dijo con una seriedad y una calma que me enfurecían aún más—. Te lo aseguro.

—¿Qué haces aquí? ¿No me has escuchado? ¡Largo!

—Tengo que hablar contigo. Es importante.

Ni se inmutaba. Podía oler la ostia que se le avecinaba y aún así se quedó como una estatua. Todo el ritual que me había montado en casa para llegar alterada por un gilipollas. ¿De qué coño iba?

—Sabes que no es el momento —solté con brusquedad—. Tampoco tengo intención de hablar contigo de nada. ¿Me escuchas?

—Repito, Brigid —dijo agarrándome con suavidad por el codo—. Es importante.

Otra carga eléctrica subiendo por mi columna vertebral y congelándome cada célula de mi cuerpo. Como un magnetismo que me impedía dejar de mirarle. Sus ojos clavados en los míos. Mis ojos clavados en los suyos. Percibiendo un atisbo de sinceridad. Sintiendo que el puzzle de mi alma se completaba. Una voz dejaba caer que era quien describí aquella noche de cervezas. La ignoré, recordando al detalle aquella lista que había abandonado en un cajón.

Pero ¡¡¿QUÉ?!!

—Sube al coche. Rápido.

Se sentó en el asiento del copiloto mientras yo dejaba el bolso en los asientos de atrás. Una vez dentro, coloqué mis manos sobre el volante y mantuve la mirada al frente. Las sospechas hacia Lugh seguían latentes. Las emociones se fusionaban, aún contradictorias entre sí, bloqueando toda capacidad de respuesta.

—La hermandad de La Tène quiere destruirnos —comenzó a contar con cierto tono de preocupación—. No me extrañaría que fueran los verdaderos responsables. Vi algunos de esos franceses merodeando por el pueblo.

—¿Sabías que estábamos en peligro y ni se te pasó por la cabeza avisar? No me equivocaba al pensar que tenías la culpa.

Hablaba más desde la decepción que desde la inquietud. A lo mejor se debía a que estaba a punto de ser la Vértice de la hermandad. Mi mente se llenó de pensamientos de diferentes envergaduras. Tampoco conocía a ese chaval como para dejarme decepcionar por él.

—Insinúas que el asesinato de mi padre es el principio de una guerra —no era una pregunta, sino una reflexión en voz alta. Aunque eso ya lo sabía. Nos atentaron.

—Exacto. Teníamos intención de contártelo hasta que te alejaste de nosotros sin más, pero no es todo lo que vine a contarte.

Me giré para verle los ojos negros y profundos. Se parecía a los niños de ojos negros que se aparecían a los humanos por las noches. Hay quien dice que se trata de demonios; otros, de vampiros. Ni siquiera nosotros lo sabemos con claridad. Opino que son otra cosa que ni los vampiros conocemos.

—Creo que Laura, mi hermana —hizo una breve pausa—, tiene la clave para alimentarnos sin destruir la humanidad.

—¿Eres alguna clase de Vegan-Drácula o algo así?

—¿Prefieres seguir amargándoles la vida? Ni Iker Jiménez sabe de nosotros. No se han enterado de nuestra presencia en siglos.

—Hemos de reconocer que los Illuminatis and company nos han facilitado el trabajo —respondí con sarcasmo.

Giré la llave. El Aston Martin rugió al arrancar. El viaje fue rápido. Tardamos el tiempo justo y preciso para ahorrarme oír de nuevo la voz suave de Lugh. Él sabía que insistir no serviría de nada. Fue un trayecto silencioso con la mente saturada de información. Necesitaría tres copas de Dimobe antes del acto.

Una vez en la puerta:

—Bueno, Lugh. Gracias por tu información, pero no puedo dejarte entrar. Si hubieras abierto la boca a tiempo, hoy no tendría que pasar por esto.

—Lo entiendo, Brigid. ¿Me perdonarás algún día?

—Hoy no. Adiós.

Aproveché el impulso para dirigirme directamente hacia el portón. Todos fueron enfocando su atención en mí conforme pasaba por el hall. Como en cada festividad, el acto se celebraría en el patio interior. El mismo lugar donde nos había dejado Bruno Burdeos un mes y tres días antes.

—Casi no llegas, Brigid —protestó Helena—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Tráeme tres copas de vino.

Mi madre me esperaba en el mismo lugar desde el que presencié el suceso. No contenía su inquietud, su dolor, su recuerdo. Ahora llevaba un vestido verde esmeralda de encaje, mas ni de lejos era la misma mujer. Ordené los mechones de mi cabello con cierto nerviosismo mientras me aproximaba.

La misma gente, las mismas sillas, las mismas cuatro paredes. Todo era igual. Lethia tiritaba aún. La única diferencia con aquella vez era la ausencia de mi padre.

—Estás preciosa, hija mía —me dio uno de sus elegantes y fríos abrazos.

El silencio conquistó el palacio. Todos estaban sentados. Todos menos Helena, quien apareció con cuatro copas de vino. Me refugié de la vista de los asistentes. Pronto aparecería el famoso Vampiro Malacitano. Las prisas me impulsaron a beberme las tres copas como chupitos de agua sin

tiempo para saborearlo, sin tiempo para percibir el calor.

Mi madre anunció la llegada del denso espíritu. Fue incapaz de hacer referencia alguna a su marido. Se mudó a la casa de mis abuelos días después del entierro y yo valoré que respetara mi espacio. Del mismo modo entendí que nuestro hogar le recordaba demasiado a papá. Necesitábamos tiempo. Ambas.

El Vampiro Malacitano, conocido en la Hermandad como Branley, se dejaba ver, como en cada nombramiento desde su muerte, frente al orgullo de mi madre.

Te preguntarás por qué mi padre no puede asistir del mismo modo que Branley. La respuesta es que lo dejaron seco. Literal que aquel brebaje le absorbió el alma. No fue una muerte del cuerpo. Fue una muerte en todos los sentidos que dejaba una carcasa débil, vacía.

Los rumores dicen que unos bandidos raptaron al infante Manolito Sánchez Dominguez el 12 de agosto de 1913 por orden de Branley, aunque nunca tuvieron pruebas para acusarle. El cuerpo inerte del niño apareció días después sin una sola gota de sangre. Los tontos a los que contrató no corrieron la misma suerte. El Moreno y el Trapero acabaron pudriéndose en la cárcel.

¡Adivina! Nosotros medio creamos la leyenda. Una estratagema más para que os hicierais una imagen equivocada de nosotros. La sociedad de vampiros debía quedar encubierta, ¿no?

Este juego comenzó con Polidori —también vampiro, sí—. Más tarde, surgió la teoría de que la sangre de los niños eran auténticas pociones para mantener la juventud. Branley tan solo desató la histeria en la calle Alcazabilla y varios barrios de la ciudad. Comida suficiente para que siguiera visitándonos en momentos especiales como el de hoy, aunque sin la carcasa que era su cuerpo.

—De esta forma, el pobre Manolillo, fue degollado como si fuera un inocente cabrito —Branley recitaba siempre estos estribillos. Que le compusieran una coplilla le hacía sentir una suerte de orgullo—. ¿La suma sacerdotisa está lista?

Asentí y me dejé guiar por su mano hasta el trono de plata. El mismo que ocupó mi padre durante tantos años. El que volcaría el poder en mis hombros con la amenaza que nos acechaba. El miedo subía desde mi estómago. Helena se quedó atrás, en el mismo lugar donde me había bebido el vino.

—La energía receptora se abre paso por primera vez en nuestra historia —introdujo Branley—. La historia que se enriquece con el primer nombre

femenino: Brigid Burdeos.

Abrió el gran baúl que había junto a Helena, quien se encargaría de entregarle los elementos uno por uno. Me tranquilizaba tenerla cerca lo que me alteraban las palabras de Branley.

—La luna creciente coloco a tus pies. La biblia de nuestra estirpe coloco en tus manos. La cruz celta coloco en tu cuello. La corona de piedra luna coloco en tu cabeza.

» La luna es tu regente, maestra del agua. Maneja el poder con prudencia y escucha siempre tu intuición. Entre la pasividad y el misterio; entre la acción y la consciencia. El velo de Isis cae ante tus ojos. Observa al frente sin distracción, guardando equilibrio y silencio.

» Joven y fértil mantengas tu alma. Representas la unidad de esta honrada familia, la esencia común de los opuestos, el canal de nuestra magia.

Aguanté la carcajada que escalaba por mi garganta. Helena se acercó con el brazalete de plata y cabezas de piedra luna. La ceremonia culminaba. Ya no había vuelta atrás. «Lideremos la guerra, entonces», pensé.

Un par de meses antes me habría aterrado la idea de presentarme ante todos. Aún me acojonaba, pero conseguía aparentar firmeza y seguridad en mí misma.

—Alcen sus cuernos de hidromiel, dejando a un lado el vino —pidió mi madre—. Bendigan conmigo la alianza de la nueva era. Labrada por espíritus de la tierra bajo la orden de los dioses de escarcha.

Como marca la tradición, no sé hasta qué punto influenciada por los nórdicos, todos bebimos los cuernos de hidromiel en tres sorbos. Todo lo que estaban diciendo me parecían chorradas.

Fue entonces cuando caí en la cuenta. Tendría que elegir los nuevos miembros de la directiva. ¿Cómo se me había olvidado? La lista de tareas crecía por segundos. Hice una mueca rápida para contener el suspiro.

Branley colocó el brazalete en mi mano izquierda. Por lo general, se coloca en la derecha. Sin embargo, la trayectoria de la hermandad había cambiado. Terminaba el ciclo de entrega y nos tocaba recibir lo sembrado. Algo así me había explicado mi madre.

En serio... ¿qué habré hecho para acabar siendo la cabecilla de una guerra en el siglo XXI? Ni siquiera entiendo el motivo. Lugh había mencionado a

La Tène. De todos modos, nada tenía sentido.

La Tène era la cultura céltica que se extendió por Europa durante la Edad del Hierro. En concreto, por el núcleo de los Alpes, el centro de Europa, el norte de España, las islas británicas y parte del este europeo. Es la única que no se corresponde con una provincia en concreto.

En la actualidad, la hermandad de La Tène se sita en las profundidades de los Alpes. Desde allí ejercen una gran influencia en el resto del mundo. De ahí que sean tan respetados. No obstante, han perdido poder respecto a otras circunscripciones.

Fue una sorpresa para todos cuando Lethia se dignó a salir de la jaula. Se posó sobre el antebrazo del trono. Sus ojos amatista reflejaban determinación.

—Te ha elegido... —murmuraron los tres a la vez.

Me puse en pie y Lethia volcó su peso sobre mi hombro derecho. Estaba en shock. Me sentía como los hombres de trono en Semana Santa. Los asistentes mostraron una especie de reverencia, como la que hacen los cristianos en misa tras recibir el cuerpo de Cristo. Todo era un poco teatral para mi gusto, pero eran los formalismos supongo. O ¿de verdad estaban tan impresionados como yo?

La fiesta dio comienzo. Branley se marchó silencioso, como no había hecho nunca antes. El mismo silencio que rogué a Helena. Una amarga intervención dejaría un mal sabor de boca a los asistentes. Me obligué a disfrutar de la noche y no pensar en las palabras de Lugh. No era el momento de atemorizar a todos. Así lo hice.

## Capítulo 6

- 05 -

Una semana. Ese fue el plazo que me impuse para tener la agenda preparada y la lista de la Asamblea. ¡Ja! No me lo creía ni yo.

Quedé con Carlos un par de días después del nombramiento. La cita transcurría como las anteriores, aunque me faltaba la chispa que me encendió Lugh. A lo mejor, porque no dejaba de ser un humano y... no. Mordiéndole el cuello no se transforma en vampiro. ¿Por qué pensaba en Lugh? Debí golpearme con el cabecero de la cama mientras dormía.

—Has cambiado mucho en un mes, Brigid —confesó Carlos.

—Sí —me reí con fingida timidez—. Todos cambiamos, supongo.

Me respondió con una sonrisa pícaro de las suyas. Entonces, colocó su mano en mi pierna y comenzó a acariciarme. Cada vez más y más cerca. Me concentraba en permanecer inmóvil. Se aproximaba poco a poco hasta el dobladillo de la minifalda. Noté un calor que me petrificaba de pies a cabeza.

—Vámonos de aquí, anda —soltó.

Me tiró de la mano. Entramos a pagar directamente en la barra y me llevó hasta su casa. Le notaba activo. Sabía lo que buscaba. Sabía lo que encontraría. Yo también tenía ganas. Para liberar mi mente de pensamientos, claro.

No se habían cerrado las puertas del ascensor cuando me agarró por la cintura y me besó. Reconozco que supo encenderme en un primer momento. Es probable que se debiera al estrés que llevaba encima, porque cortaba un poco el rollo tener su lengua en mi tráquea. Me vi obligada a ser quien guiara el juego.

Fuimos directos a la habitación. Me dio un par de besos más antes de vaciarse los bolsillos y dejar todo sobre la mesita de noche.

La habitación era pequeña. El apartamento no era muy grande que digamos. Por lo que pude ver, la cocina era un túnel estrecho; el salón apenas albergaba un sofá y una smart-TV normalita; el baño concentraba todo en dos metros cuadrados y la cama podía tocar las cuatro paredes de la habitación. Era un milagro que cupiese el armario y la cómoda. Suerte que todo estaba más o menos ordenado. Lo que menos me agradaba de esa casa, a parte de la gata que me observaba desde la almohada, era el

espejo tras la puerta.

—Voy un momento al baño, ¿vale? No te vayas, ¿eh?

—No prometo nada —respondí.

En ese preciso momento fue cuando la pantalla de su Samsung Galaxy se encendió, lo vi y abrí los ojos. Era un mensaje de Alberto, el mismo tóxico de mierda que casi me hunde en la miseria. Lo supe por la foto de perfil.

—¿La cámara está encendida ya, tío? Cuando digas entro y acabamos con ella —decía en el WhatsApp.

¡Oh, no! ¡No, no, no!

Empecé a buscar la cámara por todos lados como loca y sonó otra notificación. Esta vez en mi móvil. Era de un número que no tenía agregado.

—Brigid, soy Lugh. La Tène va a por ti, Brigid. Estás en peligro.

Escuché los pasos de Carlos. No tenía tiempo. Solo pude mandarle la ubicación antes de bloquear el móvil. No sabía por qué confiaba en Lugh. ¿Cómo se había enterado? ¿De dónde sacó mi número? Entonces daba igual. Abrí la ventana por instinto.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Es solo que hace un poco de calor.

Esa sonrisa pícara volvió a su rostro antes de tumbarme despacio y colocarse sobre mí. Entonces lo vi claro. Aún no había localizado la cámara, pero podría quitarme a ese capullo de encima. Fue un baile interesante.

Traté de marcar nuestros movimientos con caricias. ¡Era tan torpe! Las prendas caían a los lados de la cama hasta que solo quedó piel. Le costaba dejarse llevar, pero no habría sentido nada de nada si hubiera dejado que me tocara con la misma habilidad que tenía para besar. Reconozco que estaba de bastante buen ver, mas no era el momento.

Su móvil parpadeaba con más mensajes de Alberto. Carlos lo ignoraba por completo, lo que me hacía sentir un poco mal por lo que pensaba hacer. Sin embargo, debía comenzar ya la estrategia. No podía arriesgarme. El mensaje no dejaba lugar a dudas.

Al fin consiguió entrar. Me tocaría fingir un poco. No era el momento para montarme fantasías en la cabeza. Él disfrutaba como si fuera virgen.

Parecía que colaba mi teatrillo, así que empecé a cenar.

Primero, un entrante de energía ligera. La absorbía como si bebiera el mojito más caro del mundo con una pajita. Despacio y saboreando. La disfrutaba como si fuera una caja de bombones belgas.

Los canapés duraron poco. Ese chico estaba podrido por dentro. Era humano, sí. Pero tan tóxico y repugnante como Alberto. Ahí puedo asegurar que nosotros no teníamos nada que ver.

Creo que esa escasa bondad era lo que le entorpecía. Encendió de nuevo todos mis centros de poder. Su mano acariciaba aquí y allá. Percibía todo envuelto en llamas. Fuego que ascendía con el paso de sus dedos hasta mi pecho.

Volví a absorber. Esta vez, al compás del placer. Como una montaña rusa cuyos valles eran más altos cada vez. Sus dedos en mi pecho, sus labios besando mi cuello... Mi cuerpo celebraba Beltane. Los lazos de colores envolviéndolo en una danza fértil. Mientras él parpadeaba como las bombillas. Mientras luchaba por llegar al final. Mil explosiones. Cerramos los ojos con fuerza. Un poco más y...

Un golpe fuerte y seco.

—Brigid, ¿estás bien? —Lugh entró justo en ese momento por la ventana.

Me quité el cuerpo de encima. La escena dejaba claro lo sucedido.

—Interesante forma de morir, sí.

—Lo sé, pero ¿qué hacemos con ella?

—¿Con el gato?

El felino se acercó al cuerpo de su dueño en dos ágiles saltos.

—La que me llama Vegan-Drácula va ahora de animalista —ambos nos reímos—. Creo que deberías ponerte algo.

Me encendí como un gusiluz. Cogí mi ropa rápido y me vestí en menos de un minuto.

—¿Qué hacemos con el gato? —pregunté de nuevo con insistencia.

—Nos lo llevamos. Ya veremos qué hacer con él.

Me acordé de la supuesta cámara. ¿Qué era lo peor que podía suceder?

Un vídeo de un chaval con 23 años que le da un patatús mientras lo hace.

—Tenemos que encontrar la cámara, Lugh.

A penas tuvo tiempo de dar dos pasos. Paró en seco y barrió toda la habitación con la mirada. Ambos nos pusimos a buscar en silencio. Yo encontré una en la cómoda frente a la cama. Lugh localizó otra en el poyete de la ventana. Menudo par de cabrones se juntaron.

Dejamos el cuerpo de Carlos en la cama y fuimos a casa con las cámaras y su móvil.

...

—¿Lethia? —Lugh se sorprendió al verla en mi casa—. Ya has salido de tu jaula. Eso significa... —me miró con los ojos muy abiertos—. ¡Te ha elegido!

Me encogí de hombros, me senté en el sofá y extendí el brazo ofreciéndole una de las cervezas que había cogido de la nevera. Cuando la tomó, aproveché la mano libre para encenderme un cigarro. Lugh cogió otro.

—Explícame cómo es eso de dejar a los humanos tranquilos.

—Tiene que haber alguna forma —respondió dejando ir el humo desde sus pulmones—. Ya has visto que se destruyen entre ellos mismos. Estoy seguro de que no necesitan de nuestra intervención para aniquilarse. Mi hermana lo lleva investigando años.

Debo reconocer que era bastante atractivo. Como diría Helena, se veía bastante mono. Su inútil intento de salvarme —al fin y al cabo, había llegado tarde— me generó una mijilla de confianza en él. Lo que cuenta es... el detalle.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro —aceptó atento y dio otra calada.

—¿Por qué estáis tan apartados de la hermandad?

Tardó en responder, pero lo hizo. A medias.

—Nos acostumbramos a estar solos desde que murieron nuestros padres.

—¿Qué les pasó exactamente? Si puedo saberlo, claro.

—Los mataron.

—¿La Tène?

Se quedó callado. Estaba claro que no quería seguir con el tema. Puse la televisión con los 40 Urban Fm para romper un poco el silencio incómodo que había creado con mis preguntas.

—Mi hermana estará al caer. Podrás preguntarle lo que quieras sobre los humanos. Los estudia desde que aprendió a hablar.

Juraría que la había invocado. Antes lo decía y antes pegarían a la puerta. Abrí tras echar un ojo por la mirilla. Lugh había decidido quedarse conmigo unos días. Juntos estaríamos más seguros, insistía. Yo carecía de argumentos para rechazar la idea. A lo mejor no quise encontrarlos directamente. ¿Teníamos la primera conexión establecida? Alberto y La Tène. ¿Eso afirmaba próximos ataques?

—iLethia! —exclamó Laura nada más entrar.

Me fijé en que la majestuosa lechuza estaba bastante tranquila. Parecía que confiaba en ellos. Se la veía sin intención alguna de esconderse en su jaula.

—¿Cómo nos repartimos para dormir? —preguntó Laura—¿Tú con mi hermano y yo en el sofá?

Las intenciones de Laura eran claras, pero Lugh sabía que necesitaba una cama para mí sola. Sobre todo esa noche.

—Laura, antes quería que me explicaras el tema de los humanos.

—Mañana. Después de lo que ha pasado solo te saturaría la mente.

Al final se hizo como mandó Laura de alguna forma. Ella se quedó en el sofá y nosotros fuimos a mi habitación. Me puse un chándal para dormir en el baño. Cuando volví, Lugh estaba acomodándose en el suelo. Tan solo se había quitado la camiseta. Se le veía en forma. Como si una parte de mi me diera un manotazo, fui directa a la cama y me tumbé.

—Buenas noches, Vértice —susurró cuando apagué la luz de la lamparita.

Se me escapó una sonrisa. Agradecí que fuera en la oscuridad y que no pudiera verme. Cerré los ojos. Fue complicado conciliar el sueño, solo conseguía dar vueltas a todo lo que podría estar por venir.

## Capítulo 7

**DISPONIBLE**

*ENCUBIERTA ANA TERMAY*  
*<https://amzn.eu/d/aipOPCj>*